

Artículos	Página
"Contempla al Hombre"	1
Lágrimas en el Monte de los Olivos	3
Santiago 4:1-11; Guerras y Peleas	5
La Obra del Diablo	10
El Tribunal de Cristo	10

"Contempla al Hombre"

Mateo 26:5

"para que se cumplan las escrituras de los profetas"
Larry Steers, Ontario, Canadá

Después de su aprehensión en el huerto, el Señor fue finalmente entregado a Ponto Pilato. Pilato experimentó una tenue relación con los judíos. Haciendo más difícil su responsabilidad, las autoridades de Roma esperaban un grado de paz y orden en Judea. Con el Señor en su tribunal, y ciertamente no ajeno a la jurisprudencia romana, en tres ocasiones el juez pronunció "no encuentro culpa en este hombre" (Juan 18:38, 19:4, 6). La ley romana exigía que un prisionero declarado inocente fuera liberado.

Pero la turba aullante estaba en la puerta. Pilato era responsable ante Roma, pero tenía que encontrar una manera de apaciguar a los judíos. En un intento de aplacar las demandas judías, Pilato respondió: "Tomadle y crucificadle" (Juan 19:6). Los judíos le recordaron a Pilato que "no nos es lícito dar muerte a nadie" (Juan 18:31). Pero más tarde apedrearon a Esteban sin ninguna autoridad de Roma.

El juez y los judíos exigentes no entendían que las escrituras debían cumplirse. El Señor había declarado: "Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así debe ser levantado el Hijo del Hombre" (Juan 3:14).

Pero el tinte aún no estaba echado. Pilato haría un último intento de evadir la responsabilidad y satisfacer el odio judío. Nuestro Señor sería azotado sin piedad. Debía cumplirse la escritura: "Entregué mi espalda a los azotadores" (Isaías 50:6). Parafraseando un poco, el Señor omnipotente dijo: "Aquí está mi espalda, se la doy". "Los aradores

araron sobre mi espalda; hicieron largos sus surcos" (Salmo 129:3). "Aradores" y "azotadores" son sustantivos plurales que indican dos hombres que alternan golpe tras golpe en la espalda del Salvador. De nuevo se cumplían las escrituras.

El flagrum, el azote, uno de los instrumentos más violentos que podían administrar los hombres. Las tiras de cuero estaban incrustadas con fragmentos de hueso y otros objetos. Atado al poste de la flagelación, el látigo desgarraba la carne de la espalda y se rompía alrededor del pecho y la cabeza. Los aradores y los flageladores no conocían más que cuarenta tiras. El azote era un instrumento de castigo capital. Los hombres a menudo morían bajo esta arma maligna. Cuando el Señor no abría su boca, se volvían más violentos con el azote.

El azote eliminaría toda apariencia de humanidad de un hombre.

Pilato haría este último e inútil intento de librarse de cualquier responsabilidad en el proceso en el que se encontraba. Presentaría al hombre brutalmente azotado ante la multitud hirviente de odio. El juez no encontró compasión en esa multitud.

Observe la introducción de Pilato: "He aquí el hombre" (Juan 19:5). La palabra "he aquí" se encuentra 27 veces en el Nuevo Testamento. Catorce de estas referencias son utilizadas por Juan. A menudo cita a otros que utilizaron la palabra. Cuando Juan se esfuerza por llamar la atención de sus lectores sobre una visión notablemente

Lo alentamos a que usted imprima cualquier artículo que desee de "Verdades para Nuestros Días", ya sea para usted mismo o para pasarlo a otros creyentes. Nada tiene derechos de autor (Copyright), pero sí le solicitamos que usted copie los artículos completos y los imprima tal como aparecen para exactitud, y que usted dé reconocimiento al autor de cada artículo.

Nosotros también esperamos que usted dé a conocer a otros acerca de "Verdades para nuestros Días", y que los aliente a suscribirse. Ellos pueden hacerlo simplemente enviando un correo electrónico a truthsforourday@gmail.com

¡Muchas gracias!

Puede encontrar el índice de artículos en el sitio:
Verdadesparanuestrosdias.com

significativa, utiliza "he aquí". Juan cita a Pilato tres veces usando la palabra (Juan 19:4,5,14).

"He aquí el hombre" (Juan 19:5). "El hombre" era "la imagen del Dios invisible" (Colosenses 1:15). Él era el creador, "porque en él fueron creadas todas las cosas" (Colosenses 1:16). Sí, aquel día estaba a punto de convertirse en el portador del pecado en las horas de oscuridad de la cruz. Pero también era de vital importancia para Él que la escritura se cumpliera perfectamente.

"Entregué mis mejillas a los que se arrancaban el pelo" (Isaías 50:6). En maravillosa gracia puso Su rostro al alcance de las manos de los hombres para cumplir las escrituras. En la misma referencia Isaías también registra "No escondí mi rostro de la vergüenza y de los escupitajos". En la cruz, Su rostro fue cubierto con la saliva congelada de judíos y gentiles, cumpliendo la escritura.

Lo llevaron como un cordero al matadero. Al llegar al calvario, antes del acto de la crucifixión le ofrecieron vinagre. Esto no era para amortiguar el dolor, ya que todo el propósito de la crucifixión era infligir dolor y sufrimiento. El vinagre (oxos = vino agrio) mezclado con hiel era una poción para facilitar momentáneamente a los soldados la tarea de clavar los clavos en manos y pies. Los ladrones luchaban y maldecían. Pero para el asombro de los crucificadores el Señor puso sus manos en la cruz. Les debió impresionar: este hombre quiere morir.

Nuestro Señor rechazó el vinagre antes de ser crucificado. Pero se lo ofrecieron los soldados mientras se burlaban de él (Lucas 23:36). El escritor visitó a un hermano mayor confinado en una cama de hospital. Pidió un vaso de agua. Le levanté la cabeza y le llevé el vaso a los labios. Si se lo hubiera retirado, el acto habría sido cruel. Eso es lo que hicieron los soldados al burlarse de Él.

Pero hubo una tercera ocasión en la que se ofreció el vinagre. Debe cumplirse la escritura que dice "en mi sed me dieron a beber vinagre" (Salmo 69:21) que Él recibió. Los posibles efectos no tendrían ninguna relación con su gran obra que estaba completa.

Las escrituras declararon proféticamente que, "fue contado con los transgresores (Isaías 53:12) y "la escritura se cumplió" (Marcos 15:28). La hermosa exactitud de las escrituras se puede observar en Lucas 23:33 "el uno a la derecha y el otro a la izquierda". El ladrón juzgó al Imperio Romano diciendo "este hombre no ha hecho nada malo" (Lucas 23:41). Obsérvese Juan 19:18, "otros dos con él". La palabra "otros" es "allos" que significa "otros

de la misma clase" o, que es del mismo carácter que los ladrones, porque así era como Él aparecía a la vista de los hombres.

David escribió: "Guarda todos sus huesos: ni uno de ellos se ha roto" (Salmo 34:20) y de nuevo "traspasaron mis manos y mis pies" (Salmo 22:6). Un lenguaje tan descriptivo era ajeno a la experiencia de David. Juan 19:36 registra una de las grandes maravillas de la crucifixión. Los crucificadores, crueles y despiadados, colocaban el clavo con brusquedad y lo clavaban con venganza. El pie humano tiene 26 huesos y la mano 27. Hay 106 huesos en dos manos y dos pies. Maravilloso que la mano de Dios dirigiera esos clavos: ¡ningún hueso roto!

Rodeado de perros y burladores, encerrado por la asamblea de los malvados, (Salmo 22:16), burlado por los hombres, el Hijo de Dios sufre.

Mirando desde la cruz, el Señor fue testigo de cómo los soldados romanos se jugaban sus vestidos. Se cumplían las escrituras: "Se reparten mis vestidos entre ellos y echan suertes sobre mi vestimenta" (Salmo 22:18). Es significativo que los cuatro escritores de los Evangelios recojan estos momentos. Cuatro hombres salieron de la escena llevando parte de la ropa del Señor. En el mismo versículo en el que Lucas se refiere a la echada de suertes, también recoge la oración del Señor: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen", (Lucas 23:34). En Juan 19:23 se habla de las vestiduras (probablemente las vestiduras interiores de las que cada soldado recibió una parte). Pero había una túnica "sin costura, tejida de arriba abajo" (Juan 19:13). Debe haber sido una hermosa capa tejida por una mano dedicada al Señor. Cuando los soldados la examinaron, concluyeron: "No la rasguemos, sino echemos suertes sobre ella, para que se cumpla la Escritura que dice: "Partieron sus vestidos y los echaron a suertes"". (Lucas 19:34),

Hubo una oscuridad espantosa que se instaló no sólo en la escena inmediata de la crucifixión de Cristo, sino que toda su creación quedó sumida en la oscuridad. Siguieron tres horas indescriptibles. Ningún ojo humano atravesó esa oscuridad. Dios fue testigo de todas las indignidades que los hombres pecadores descargaron sobre su Hijo. En la oscuridad, un Dios santo derramaría su ira sobre el Salvador. El grito desde la cruz atravesaría el universo "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Salmo 22:1). La respuesta se da en el Salmo 22:3, "Tú eres santo". Una vez se hizo el comentario después de la cena del Señor: "Esta

mañana no hemos llegado a la oscuridad". La escritura que se cumplió en las tinieblas está registrada por el profeta Zacarías, "Despierta, oh espada, contra mi pastor, y contra el hombre que es mi compañero, dice el Señor de los ejércitos: hiere al pastor, y las ovejas serán dispersadas" (Zacarías 13:7). La intensidad total e indescriptible del fuego del cielo cayó en la oscuridad (Lamentaciones 1:13).

Satanás y todos los poderes de las tinieblas se han puesto en contra del solitario sufriente colgado en una cruz romana. Se ha librado la mayor batalla de las edades eternas y se ha obtenido la victoria. Ese grito triunfante atravesó el universo: "Consumado es", (Juan 19:30).

Pero aún debe cumplirse otra escritura. "Mirarán a mí, a quien han traspasado" (Zacarías 12:10). El poder restrictivo de Dios prohibió la rotura de las piernas del Señor Jesucristo. El orden parece significativo. Rompieron las piernas de un ladrón, miraron pero pasaron por alto la cruz central y rompieron las piernas del otro ladrón. Al volver a la cruz central, los soldados estaban convencidos de que ya estaba muerto. Uno se pregunta momentáneamente qué puede poseer la mente de un hombre para mutilar aún más el cuerpo de un hombre muerto. Sabemos lo que él no sabía ni entendía. La sangre debe ser derramada. Usted no encontrará ningún registro de sangre de la flagelación, la corona de espinas o las manos y los pies perforados. Lea cuidadosamente porque yo no escribí que no hubo sangre sino que no hay registro de sangre.

Contempla las palabras que amamos escritas por Isaac Watts:

"Mira desde su cabeza, sus manos, sus pies,
el dolor y el amor fluyen mezclados hacia abajo"

Estas palabras fueron cuidadosamente escritas - amor y no sangre.

El grito "consumado" ha llegado al alma de muchos pecadores que han apoyado su alma para la salvación en esa gran obra consumada. Pero la sangre era para los ojos de Dios. El destructor tuvo que ver la sangre en aquella noche de Pascua en Egipto. Dios, que moraba sobre el propiciatorio y entre los querubines, tenía que ver la sangre que el sumo sacerdote rociaba sobre el propiciatorio. La lanza hirió el costado del vencedor del Calvario y la preciosa sangre fluyó.

En la cruz el Señor estaba proporcionando un terreno sobre el cual el Dios eterno podía mantener su santo ser y podía perdonar justamente a un pecador.

Pero el Señor también estaba cumpliendo todas las escrituras relativas a su sufrimiento y muerte.

Deberíamos cantar con reverencia las palabras de Edward Denny:

Es en tu cruz, Señor, donde aprendemos
Lo que Tú, en toda tu plenitud, eres;
Allí, a través de la nube oscura discernir
El amor de tu devoto corazón.

Fue el poderoso poder del amor el que
construyó
que te hizo morir, bendito Salvador;
Fue el amor, en esa tremenda hora,
Que triunfó en tu poderoso grito.

Lágrimas en el Monte de los Olivos

Alan Davidson, Irlanda del Norte

(De su publicación "Salida y Puesta del Sol en el Monte de los Olivos. Disponible del autor y utilizado con permiso)

Las antiguas laderas del Monte de los Olivos, en el lado este de Jerusalén, son como un pergamino sagrado que registra acontecimientos trascendentales del Antiguo y del Nuevo Testamento. El comienzo del pergamino registra, la subida descalza del juglar Rey David, llorando mientras subía, pasando a la noche oscura del rechazo (2 Samuel 15:30). Muchos atardeceres y amaneceres han rodado por el histórico Monte hasta la profética predicción del amanecer de ese espectacular día del regreso del Hijo de David. "Y sus pies se pararán en aquel día sobre el Monte de los Olivos, que está delante de Jerusalén al este" (Zacarías 14:4). "Y el Señor será Rey sobre toda la tierra; en aquel día habrá un solo Señor y un solo Nombre" (Zacarías 14:9).

Comparado con el majestuoso monte Hermón o el hermoso monte Carmelo, el monte de los Olivos no tiene un aspecto físico significativo, pero es único y espectacular en los recuerdos sagrados. El paso

de los siglos ha dejado constancia de oscuras tardes de lágrimas, de atardeceres de tragedia y de la gloria que se va en el Monte de los Olivos. Los recuerdos de Betfagé, Betania y Getsemaní son tiernos recuerdos de Emanuel.

En las sombras de los antiguos olivos, la luz de la luna se refleja en la forma solitaria del Hijo del Hombre, con sus mechones mojados por el rocío de la noche, en oración a su Padre. Las laderas del Olivar fueron santificadas por sus oraciones y sus lamentos sobre Jerusalén, y su profunda compasión por las hermanas de corazón roto, María y Marta, que lloraban la muerte de su hermano Lázaro. Allí dio las profecías de Su regreso; manifestó el poder de Su resurrección; fue el lugar de Su ascenso personal y glorioso al Cielo.

"Y de día enseñaba en el templo; y de noche salía y se quedaba en el monte que se llama de los Olivos" (Lucas 21:37). Así el inspirado escritor registra los sagrados recuerdos de la última semana antes de la muerte del Señor. Desde el décimo hasta el decimocuarto día, el Cordero de la Pascua se mostró sin mancha y sin defecto. Por la noche, su hogar terrenal fue el Monte de los Olivos (Juan 8:1). Nuestros corazones se conmueven al discernir un poco de Su perfecta Humanidad, en la noche de Su sudor y lágrimas. Sólo Dios conoce las profundidades indecibles de su dolor, cuando "ofrecía oraciones y súplicas con fuerte clamor y lágrimas" (Hebreos 5:7). Todas las lágrimas registradas del agobiado y afligido Salvador fueron derramadas en el monte Olivete. El brillante amanecer del nuevo día ya ha amanecido sobre el Salvador Resucitado, el Hombre Ascendente del Monte de los Olivos, que pronto se manifestará como el Soberano que regresa, cuyos pies estarán sobre el Monte de los Olivos. "Porque es necesario que Él reine, hasta que ponga a todos los enemigos bajo sus pies" (1 Corintios 15:25).

Lágrimas en el Monte de los Olivos

"Y subió David por la cuesta del monte de los Olivos, y lloró al subir, y se cubrió la cabeza, y subió descalzo; y todo el pueblo que estaba con él se cubrió cada uno la cabeza, y subieron llorando" (2 Samuel 15:30). La primera referencia específica al Monte de los Olivos en la Biblia, es a los pies reales subiendo descalzos. Desnudo, sin arena, con la cabeza inclinada en señal de rechazo, David pasó por el arroyo Cedrón, hacia el camino del desierto, hacia el exilio. Complotado por su propio hijo,

traicionado por su propio amigo familiar, salió de Jerusalén despreciado y rechazado. Como resultado de las mentiras, la política, el engaño y la conspiración del usurpador sin escrúpulos, el Rey juglar subió llorando por "La subida de los Olivos" (lit.). "Y sucedió que cuando David llegó a la cima del monte, adoró a Dios" (2 Samuel 15:32). David escribió en el Salmo Mesiánico: "El reproche ha quebrantado mi corazón, y estoy lleno de tristeza; y busqué quien se compadeciera, pero no lo hubo; y consoladores, pero no los encontré" (Salmo 69:20). Nuevamente David dijo al Señor: "Estuve mudo, no abrí mi boca, porque tú lo hiciste" (Salmo 39:9). Esta sumisión desinteresada a la mano de Dios es como el Señor mismo, "El cual, cuando fue injuriado, no volvió a injuriar; cuando padeció, no amenazó, sino que se encomendó al que juzga con justicia" (1 Pedro 2:23).

El nombre David significa "bien amado". Sólo hay un David en la Biblia; el primer nombre humano en el Nuevo Testamento, el último nombre humano en el Nuevo Testamento; fue el hombre según el corazón de Dios, (1 Samuel 13:14). Es el hombre de las dos venidas; enviado por su padre desde Belén, despreciado por los suyos, pero ungido tres veces. Abraham dijo: "Dios se proveerá de un cordero" (Génesis 22:8). Dios dijo: "Me he provisto de un Rey" (1 Samuel 16:1). El Señor Jesús vino como el Cordero para morir; Él viene de nuevo, como el Rey para reinar. David se convirtió en forastero y extranjero (Salmo 39:12). El Salvador dijo: "Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza" (Mateo 8:20). "Cada uno se fue a su casa. Jesús se fue al Monte de los Olivos" (Juan 7:53-8:1). En las laderas del mismo monte, en el huerto, estando muy afligido dijo "Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres" (Mateo 26:39).

David tuvo muchas experiencias difíciles en la vida, pero la referencia a sus lágrimas y su dolor en el capítulo 39 del Salmo puede indicar que éste fue escrito en la época de la rebelión de Absalón. "Escucha mi oración, Señor, y presta atención a mi clamor; no calles ante mis lágrimas" (Salmo 39:12). Esto se ha descrito como el grito del que sufre, una oración de duelo; una elegía de lágrimas mientras espera al Señor. Mi oración; mi grito; mis lágrimas pueden ser el lenguaje del santo más selecto. En un momento de dolor inesperado, de prueba inexplicable, de sumisión desinteresada bajo la mano de Dios, como David, llegamos a una confesión personal de nuestra propia fragilidad, de la brevedad

de la vida y de la "vanidad" (dos veces) de las posesiones temporales. En la vejez, empujado al exilio para vagar por tierra ajena, David había perdido su corona, su trono y sus amigos. En el cambiante drama de la vida aprendemos que "la moda de este mundo pasa" (1 Corintios 7:31). La humilde confianza infantil en Dios; "no devolver mal por mal, ni maldición por maldición" (1 Pedro 3:9), da esperanza para el futuro. "Perdóname, para que recupere las fuerzas, antes de que me vaya y no sea más" (Salmo 39:13).

David oró: "Si hallo gracia ante los ojos de Jehová, él me hará volver" (2 Samuel 15:25). En la experiencia del creyente más selecto, Dios recoge los nubarrones de la tormenta, las fuertes ráfagas de la prueba, los empapados rocíos de los problemas y la almohada de las lágrimas durante la larga y cansada noche que da paso a la cálida salida del sol en el amanecer de un nuevo día. El Hijo mayor de David derramó lágrimas sobre el monte. El Rey vuelve de nuevo. "Sus pies estarán en aquel día sobre el Monte de los Olivos" (Zacarías 14:4).

Lloroso Olivar

El rey David, el hombre rechazado,
Cruzó el arroyo y lloró.
Abandonado por los suyos, subió
Arriba al Lloroso Olivar.

Otro Rey, su Hijo mayor,
Mientras en la ciudad dormía,
En su perfecta virilidad rezó a Dios
En el Lloroso Olivar.

En Betania, Él gimió y lloró,
Mientras los amigos mantienen su vigilia,
Se escuchó su voz que resucitó a los muertos
En el Lloroso Olivar.

La ciudad de su Dios la vio,
Con tristeza y pesar.
"Yo lo haría, pero ellos no", reflexionó,
Desde el Lloroso Olivar.

En el jardín suave Él fue,
Un poco más lejos todavía.
Inclinado ante su Dios, gotas de sudor como
sangre
En el Lloroso Olivar.

Junto a cada montaña que Él hizo,
Un valle que Él puso.
Al valle debe ir,
Desde el Lloroso Olivar.

El enemigo estaba esperando allí,
La batalla que hay que librar,
Adelante Fue y ganó el día,
Desde el Lloroso Olivar.

A la montaña de Zion ascenderá,
Y muchos hijos engendran.
Nunca más estará solo
En el Lloroso Olivar.

Sus pies se pararán y partirán el monte
En glorioso triunfo todavía,
Y entonces fluirán aguas vivas
Desde el cantando Olivar.

Oh, glorioso Señor, en quien alrededor
Tanta gloria es acosada,
Como piedras vivas cantaremos tu alabanza
Como el cantando Olivar.

Ninguna pena cruzará entonces tu frente,
No hay lágrimas que mojen tu rostro.
El cielo y la tierra cantarán tu alabanza,
Y cantando el Olivar.

Rodeados de tu semilla cantarán
El valle nunca se olvida;
Ni trabajo ni lágrimas, ni gemidos ni sangre,
No llorando el Olivar.

(Por Ricky McCoubrey)
Utilizado con la amable autorización.
De: "Bajo las alas del amor"
Publicado: Crimond House Publications, 2020

Santiago 4:1-11 Guerras y Peleas

Joel Portman

El contraste entre el comienzo de este capítulo y el final del anterior es sorprendente. Acabamos de leer sobre la sabiduría que viene de arriba y el fruto

que produce. Aquí, sin pausa, Santiago escribe sobre los frutos que provienen de una fuente que no es "de arriba". Hemos notado que a Santiago le gusta rastrear todo hasta su fuente, ya que la procedencia de algo influirá mucho en su carácter y sus resultados. Todo lo que es "de arriba" es bueno, puro y perfecto, pero lo que viene "de abajo" es malo, contaminado e imperfecto.

La fuente de la sabiduría de lo alto es absolutamente pura, pero la fuente de las acciones que Santiago describe en los vs. 1-3 es un corazón contaminado por la carne. Pablo muestra en Gálatas 5 que las obras de la carne son diametralmente opuestas al fruto (singular) del Espíritu. Si la carne controla a una persona, siempre producirá resultados que son contrarios a la voluntad de Dios, opuestos a la vida perfecta de nuestro Señor Jesús, y diferentes a lo que el Espíritu produciría. Una vez más, sin utilizar la palabra "espíritu", salvo esta vez en este sentido (v. 5), Santiago está reiterando el tema que le ocupa, que sólo la fe motivada y potenciada por el Espíritu Santo puede agradar a Dios.

En este capítulo, aprendemos que la fe genuina afectará nuestros deseos, actitudes y acciones. Los vs. 1-5 examinan nuestra voluntad en relación con los deseos egoístas y los comportamientos mundanos. La fe genuina, dice Santiago, hará que uno vea el mundo y las cosas en él con una visión diferente, no buscando obtener sino dar. En esto, Abraham es un ejemplo, como vemos en Génesis 14. Santiago describe la imitación del carácter del mundo que puede verse en la vida de un creyente si no es controlado por el Espíritu.

El lenguaje de Santiago revela que estas "guerras y peleas" (conflictos) son el resultado de una condición interna que no es correcta, no está mostrando la verdadera sabiduría, ni el control del Espíritu Santo. Estos son sólo los síntomas, las manifestaciones externas de un problema interno. Qué poco reconocemos que los conflictos entre los santos casi siempre provienen de una falta interna de control del Espíritu. Estos resultan de una mente puesta en el yo que quiere satisfacer los deseos egoístas, lo cual es codicia. Cuando el corazón no está bien, la vida no se manifiesta haciendo las cosas que agradan a Dios. Tristemente, la historia de la iglesia está repleta de registros de constantes peleas y conflictos entre aquellos con puntos de vista opuestos. Esto es una triste mancha en el nombre de Cristo y en el testimonio de la iglesia y debe evitarse.

El Salmo 133:1 nos dice "Qué bueno y qué agradable es que los hermanos vivan juntos en unidad". Los versos que siguen parecen indicar no sólo cuán preciosa es esta condición, sino que también muestran simbólicamente que sólo desciende de arriba hacia abajo.

La Condición Descrita

Santiago pregunta cuál es el origen de estos conflictos e inmediatamente responde. La pregunta no se hace para que aprenda porque él (y nosotros deberíamos) ya lo sabe. Instintivamente nos damos cuenta de que estas acciones son características del mundo con la actitud egoísta que prevalece entre la mayoría de la gente. "Guerras" es una palabra que describe los conflictos de larga duración o la condición crónica y "peleas" (o conflictos) son los conflictos separados o brotes que resultan. Estos, dice, provienen de las "lujurias", o fuertes deseos, que "guerrean" en nuestros miembros, es decir, llevan a cabo las actividades de la guerra. Curiosamente, la palabra griega para "lujurias" en este verso es "hedone" que forma la base de nuestra palabra "hedonismo" o un estilo de vida que enfatiza el placer. Estas tendencias están constantemente comprometidas en esta actividad y deben ser resistidas en la energía del Espíritu Santo. ¡Cuántas veces hemos tenido que confesar que esta condición y actividad existe en cualquiera de nosotros!

La raíz de este problema es el fuerte deseo interior que nos hace desear cosas que no tenemos y que no son nuestras. También parece cierto, por el v. 3, que esas cosas no son la voluntad de Dios para nosotros. Recordamos a Israel en Éxodo 16:3 y en otras ocasiones, cuando deseaban fuertemente la comida que tenían en Egipto. Dios no se la dio, aunque ellos la pidieron, porque sólo era para que la consumieran a su antojo.

El verso 2 es tratado de forma diferente por los comentaristas. Algunos lo dividen como: "Deseáis y no tenéis, matáis. Envidiáis y no podéis obtener, así que hacéis la guerra, no tenéis porque no pedís". "Independientemente de cómo se divida, la lección es la misma. El deseo, o la lujuria, que no se satisface resulta en tomar o intentar tomar acciones drásticas para tratar de obtener el objeto. Esto puede tener resultados tristes que son dañinos para cualquier compañerismo entre los creyentes. La mayoría de los escritores comentan que Santiago utiliza un lenguaje fuerte que es hiperbólico, no literal, aunque podría

estar describiendo lo que puede ser el resultado final de tal lujuria.

Luego revela que cuando piden (y esto puede describir a un grupo diferente al anterior), están pidiendo aquellas cosas que no son la voluntad de Dios para ellos, sólo cosas que son el deseo de sus propias lujurias (v. 3). Puede ser que las cosas que piden no sean incorrectas o malas, pero su objeto al pedir es incorrecto. Su petición está totalmente centrada en el yo y en los deseos egoístas, y no en lo que es para la gloria de Dios o para el beneficio de los demás. Es cuando pedimos de acuerdo con Su voluntad que Él nos escucha, por lo que a menudo pedimos mal y no recibimos lo que pedimos.

La Mundanidad está Relacionada

Santiago dice que esos deseos son característicos de los "adúlteros". El adulterio es sólo otro ejemplo de un deseo lujurioso, pero él lo relaciona con los deseos de las cosas del mundo. Esa actitud es característica de este mundo y de los que forman parte de él, y afirma con valentía que es una forma de "amistad del mundo". El sistema del mundo y Dios son mutuamente antagónicos, son enemigos, por lo que demostrar esa clase de fuerte deseo es mostrar que uno está del lado del mundo. El lenguaje de Santiago es muy fuerte: cualquiera que esté decidido a ser ("será") amigo del mundo se constituye en enemigo de Dios. Eso puede sugerir que éste no se salva en absoluto, pero eso no se enfatiza sino que sólo se sugiere fuertemente. Santiago puede estar queriendo decir simplemente que esto es una expresión de infidelidad al Señor, pero esos fuertes deseos que ha descrito también pueden llevar a una persona a la infidelidad moral. Israel, en el Éxodo 32, cuando se apartó de su fidelidad al Señor (que había profesado con firmeza), también se vio envuelto en un pecado moral, de modo que todo el campamento se contaminó y quedó bajo el juicio de Dios. En los profetas, Dios acusa a Israel muchas veces de adulterio e infidelidad a la relación de alianza con Jehová que se había establecido y confirmado al principio (Isaías 57:3, Jeremías 9:2, Oseas 3:1, etc.). Esto fue una pena para Él y la ruina de la nación.

Juan afirma claramente que un amor por el mundo (sistema) es una indicación de que el amor del Padre no está en uno porque todo lo que está en el mundo no es del Padre. Un creyente en Cristo no puede permitirse el lujo de estar incursionando en aquellas cosas que son diametralmente opuestas a Dios y no ser infiel a Él.

V. 5 no es una cita directa de la escritura, pero da la sustancia de sus verdades. La sustancia es que esta condición no es lo que el Señor desea para su pueblo en ningún momento. Diferentes comentaristas han tratado el versículo de manera diferente, algunos dicen que el espíritu que Santiago menciona es nuestro espíritu y otros que es el Espíritu Santo. El primer punto de vista enseñaría que el espíritu que hemos recibido por naturaleza es la raíz de nuestros problemas, que tiene una tendencia y fuertes deseos por aquellas cosas que son agradables al yo en vez de al Señor. Como el Sr. McShane ha señalado en su excelente libro sobre Santiago, las Escrituras no mencionan que nuestro espíritu sea hecho para morar en nosotros. Así que la interpretación alternativa parece más favorecida, y es que el Espíritu Santo que Dios ha hecho morar en un creyente no es la fuente de estos deseos. Es imposible que Él haga que una persona desee esas cosas que son contrarias a la voluntad de Dios y perjudiciales para el carácter cristiano. El resultado de ambos puntos de vista es casi el mismo, y Santiago está, una vez más, rastreando las malas propensiones hasta su fuente y mostrando que este no es el tipo de don (1:17) que viene de lo alto.

Otra variación de este difícil pasaje enseña que el Espíritu dentro de un creyente tiene fuertes deseos de que la vida que ha sido redimida por la gracia de Dios debe y tiene que ser exclusivamente dedicada al Señor. Recordamos que en Éxodo 20:5, así como en otros cinco pasajes del Antiguo Testamento, el Señor enfatiza a Israel que Él es un "Dios celoso" y que no compartiría su adoración con otros. Tampoco debemos olvidar este aspecto de la verdad; Él desea que aquellos que han sido comprados con sangre preciosa vivan para manifestar una completa fidelidad a Aquel que murió y vive por ellos. Con cualquiera de estos puntos de vista sobre el verso, la implicación es la misma, y es que el Señor desea fuertemente que cualquier espíritu interno que tengamos no pueda expresarse alejando nuestra respuesta devota del Señor y causando un comportamiento equivocado en nuestras vidas.

Teniendo en cuenta estas importantes cuestiones, el v. 6 es el más importante. Necesitamos la gracia de Dios y "más gracia" para superar cualquier tendencia que nos aleje de la verdadera comunión con nuestro Señor. Se plantea la cuestión de con qué compara Santiago esta "más gracia". Algunos dicen que es más gracia que el poder que se opone a la obra de Dios, pero esa

comparación parece defectuosa. Otros indican que es más gracia que la que normalmente hemos recibido en la salvación. Todo puede ser cierto, pero parece que es más gracia de Su suministro infinito para cumplir con las condiciones que enfrentamos a fin de permitir que un creyente se someta a los propósitos de Dios y supere estos impulsos egoístas. Cualquiera que sea vencido por estos deseos egoístas no puede culpar a Dios ya que hay más que suficiente poder habilitante disponible al humillarnos o someternos a Dios en lugar de afirmar nuestra propia voluntad.

Es interesante notar que en el v 4, que cualquiera que desee la amistad con el mundo se convierte en un opositor de Dios, pero aquí es Dios quien se opone a los orgullosos. Esto indica que el orgulloso está activamente en contra de Dios y Dios está en contra de él. Esto es muy grave y debería producir el resultado de que el creyente se humille en lugar de ejercer contra Dios. Pero esto requiere que utilicemos la gracia que es provista tan pródigamente por un Dios dadivoso para satisfacer la necesidad. La humildad es siempre un requisito previo para la bendición de Dios (Salmo 34:18, Isaías 57:15, 66:2). Un hombre orgulloso no siente su necesidad de ayuda divina, por lo que no está dispuesto a someterse a la mano de Dios.

Siete Exhortaciones

Basándose en lo que ha estado enseñando, Santiago nos da ahora siete exhortaciones contundentes que en realidad tienen forma de mandatos. Su enseñanza no permite una respuesta letárgica e indiferente, sino que exige una obediencia activa. Esos mandatos son

1. Someteos a Dios
2. Resiste al diablo y huirá de ti
3. Acércate a Dios y Él se acercará a ti
4. Limpiar las manos
5. Afíliate, llora y lamenta
6. Humíllense y Él los levantará
7. No hablar mal de otro

Estos mandamientos parecen estar vinculados entre sí y forman una descripción de lo que es necesario para mostrar la fe genuina que Santiago está enfatizando. Cuatro son acciones hacia Dios (someterse, acercarse, afligirse, humillarse). Una es contra el diablo (resistir). Las dos restantes son hacia nosotros mismos y hacia otros creyentes (limpiad vuestras manos, no habléis mal). Una vez más, tres de ellas van seguidas de un resultado prometido que debe motivar nuestra respuesta. Estas son relaciones que todo creyente tiene y el ejercicio

espiritual es necesario en cada una de ellas. La sumisión a Dios es lo opuesto a resistir al diablo y es necesario hacerlo. Acercarse a Dios hará que uno se dé cuenta de la necesidad de limpiar nuestras manos. Tener una actitud apropiada hacia nosotros mismos en la presencia de Dios afectará nuestras actitudes y discurso hacia otros creyentes.

1. Someterse a Dios. Este verbo es pasivo, por lo que implica que nuestra actitud hacia Dios debe ser permitir que Su voluntad prevalezca en nuestras vidas. Significa alinearnos bajo Su autoridad y reconocer prácticamente Su soberanía en nuestras vidas. Eva no se sometió a la autoridad de Dios (y posiblemente a la de Adán) por lo que no pudo resistir al diablo. Al someternos a Dios, Él nos permitirá resistir al diablo, porque nos alinearemos bajo Su autoridad y confiaremos en Su protección.

2. "Resistid al diablo y huirá de vosotros". Esto nos dice que es posible vencer el poder de Satanás, aunque se nos dice que "huyamos de la tentación", ya sea en forma de fornicación (1 Corintios 6:18), idolatría (1 Corintios 10:14), o lujurias juveniles (2 Timoteo 2:22) o condiciones descritas en 1 Timoteo 6:1-11). Leemos de los que salen de la Gran Tribulación en Apocalipsis 12:11 que vencieron el poder del diablo por la sangre del Cordero. Juan dice que "mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo" (1 Juan 4:4).

3. "Acercaos a Dios y Él se acercará a vosotros". Esto sugiere una reacción recíproca, como si dijera que Dios está siempre dispuesto a acercarse a cualquiera que se acerque a Él. En el Antiguo Testamento se hace muchas veces la llamada a que el pueblo de Dios se acerque a Dios; pensemos en las veces que leemos que Moisés se acercó a Dios para comulgar con Él y recibir dirección en las crisis. Los sacerdotes eran los que tenían el privilegio de acercarse a Dios, pero había requisitos para esa acción (Levítico 10:3, 21:21). También describía a los que en general se acercaban a Dios en la adoración (Isaías 29:13, Oseas 12:6). Hebreos 7:19 habla de los que se acercan a Dios sobre la base de una mejor esperanza que es nuestra en Cristo. Un lenguaje similar se encuentra en Hebreos 10:1, donde leemos que la antigua economía no podía hacer que los "venidos a la perfección" no disfrutaran de la cercanía del privilegio que tenemos en Cristo de "acercarnos a Dios". Pero quizás el objetivo principal es enfatizar la necesidad de mantener una actitud

cercana de comunión dependiente con Dios, de confiar en Él para que conceda la gracia necesaria.

4. "Limpiad vuestras manos" es una condición que comprendemos que es esencial para poder acercarse a Dios. Pero también será el resultado de esa acción. Es esencial, así como era un requisito continuo para los sacerdotes lavarse repetidamente en sus funciones hacia Dios en nombre de los adoradores (Éxodo 30:19-21). El lavado de las manos indica las condiciones necesarias que hay que mantener en la vida, pero "purificad vuestros corazones" nos dice, como siempre, que Dios se fija en algo más que en las condiciones externas, sino que desea una condición interior correcta. Si nuestros corazones son puros y están libres de impurezas, entonces nuestras obras serán el resultado inevitable. Tenemos que purificar nuestros corazones de todo lo que nos robe a nosotros y a Dios la plena realidad de la comunión que puede existir y disfrutarse. Esto exige un autoexamen y una confesión. Recordamos la enseñanza del Señor Jesús en Mateo 5-7, donde Él iba más allá de las obras externas que se requerían bajo la ley y enfatizaba aquellas condiciones que eran del corazón y la mente (Mateo 5:20 en adelante). La condena de Jehová a Israel es que "este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero ha alejado su corazón de mí, y su temor hacia mí es enseñado por el precepto de los hombres". El Señor se hizo eco de ese veredicto en Mateo 15:8. Los fariseos eran escrupulosos en mantener una vida exteriormente limpia según la ley, pero sus corazones eran perversos y malvados.

Santiago dice que el corazón necesitaba ser purificado porque buscaba retener dos objetos. Esto se remonta a 1:8 donde dice que tal hombre es inestable en lo que hace. Alguien así está tratando de servir a dos señores (Mateo 6:24). Los corazones que son purificados se establecen en un solo objeto que permite al creyente vivir una vida que está de acuerdo con la voluntad de Dios. Cuánto mejor es ser como el salmista en los Salmos 57:7, 108:1, que podía decir: "Mi corazón está fijo; cantaré y daré alabanza..."

5. "Afiliate, llora y lamenta". Esto describiría la respuesta de cualquiera que se haya acercado a Dios, porque, como Isaías en el capítulo 6 de su profecía, un vistazo a la gloria resplandeciente de su santa presencia le hace a uno profundamente consciente de su propia pecaminosidad. Esta sería la respuesta de un corazón convicto, que confiesa su incapacidad personal para su presencia. Las alegrías de este

mundo pueden ser estimulantes, pero son efímeras y vacías. Hay un gran valor en afligir el alma. Pensamos en Israel en el Día de la Expiación; debían "afligir sus almas" (Lev. 16:31, 23:32). Era un día en el que los pecados debían ser abordados y tratados de acuerdo con la norma de Dios. Tal acción puede ser difícil y dolorosa, pero es beneficiosa y tiene resultados benditos en la vida de uno.

La risa de este mundo es vacía y de corta duración, pero la alegría que un creyente puede tener cuando está en una relación correcta con su Señor es profunda y duradera. Notablemente, nunca se registra que nuestro Señor se haya reído; leemos que se regocijó (Lucas 10:21) por lo que Dios estaba haciendo para revelar la verdad a los niños. Su alegría estaba en la voluntad de Dios (Hebreos 12:2), como debería estarlo también la nuestra. Pero ser conscientes del pecado en nuestros corazones y vidas nos hace llorar (Mateo 5:4) y sentir pesadez de espíritu. Es mucho mejor llorar por el pecado ahora, como hizo Pedro cuando fue condenado por su pecado en el palacio del sumo sacerdote (Lucas 22:62), que llorar eternamente (Lucas 6:25).

6. "Humillaos ante Dios y Él os elevará". Parece obvio que si somos conscientes de la presencia del Señor y nos vemos bajo esa luz, nos humillaremos inevitablemente. El orgullo es lo contrario y es la evidencia de que estamos alejados de Dios. Recordemos la repetida afirmación de Job de que deseaba presentarse ante Dios para defenderse y declarar su inocencia, pero cuando llegó ese momento, sólo pudo decir: "Me aborrezco y me arrepiento en polvo y ceniza" (Job 42:6). La confesión de Isaías 6:5 cuando estaba en presencia de Dios fue: "Ay de mí...". Las palabras de Santiago expresan la experiencia del publicano en Lucas 18:14. Se humilló en la presencia de Dios y se fue a casa levantado, siendo justificado por Dios a través del sacrificio. 1 Pedro 5:6 nos dice de manera similar: "Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte a su debido tiempo". Esta es una acción que se requiere de nuestra parte y es esencial para la elevación que Dios desea dar. El hombre tiende a levantarse con orgullo, pero Dios levanta a los humildes y los pone entre los príncipes (1 Samuel 2:8).

Reconocer la Obra del Diablo entre los Hombres

F. C. Jennings

Me gustaría poner ante ustedes un cuadro de dos hombres, y pedirles que me digan cuál, a su juicio, es la mejor exhibición de la obra del Diablo.

El primero no es en absoluto un personaje de elección. Lo encontrarás en la taberna; muy probablemente será el propietario de la misma. Su nombre no figura en ninguna lista de la iglesia. Es de vida relajada, de labios profanos, descuidado en cuanto a la decencia. Es, en efecto, un "compañero de viaje" con todo el mundo, pero no es apreciado por nadie. Es lo que suele llamarse "de mala reputación" por las clases refinadas, educadas o religiosas, un "tipo honesto" por sus asociados, a quienes les resulta difícil concebir la honestidad en un mundo como éste, aparte de la desafiante impiedad.

Lo pondremos a un lado, y ahora permítanme presentarles a un hombre de la más alta respetabilidad y autocomplacencia. Es un "miembro de la iglesia", y se enorgullece, no poco, del hecho.

De hecho, podemos ir con seguridad aún más lejos en estos días, y ver en él un pilar de la iglesia; un anciano, cuya riqueza, con su consiguiente posición en los negocios, y la influencia en el mundo social, le han dado este cargo; tal vez podemos ir aún más lejos; incluso puede ser llamado "El Rev." o "El Muy Rev.", o lo que sea; no es la posición, sino el carácter, lo que buscamos. Esté donde esté, cada aliento de adulación que le llega se lo apropia como algo que le corresponde sin lugar a dudas. Si es un hombre de negocios, es muy aficionado a ese texto totalmente mal citado y mal utilizado, que tal vez más que cualquier otro ha sido ensuciado en el fango de la codicia del hombre, "sé diligente en los negocios". No rehúye ningún pequeño sacrificio que le asegure una mayor estima de sus semejantes; como todos los demás, sus benefactores son "respetables" y, si es muy rico, pueden parecer principescos.

Ahora bien, ¿cuál de estos dos es el ejemplo más verdadero de la obra del Diablo? Probablemente se admitirá que el primero puede ser aceptado como una representación exacta de lo que el Diablo puede hacer con un hombre, pero es difícil ver en el segundo cualquier exhibición de la obra del Diablo en absoluto. Todo lo contrario; es un miembro religioso respetable de la sociedad; quizás con algunos de los defectos menores inherentes entre los hombres;

pero no para ser asociado con el Diablo en absoluto. Veamos.

Es un hecho muy sorprendente que cuando nuestro Señor Jesús estuvo en la tierra, nunca, en una sola instancia, dio testimonio al publicano y a la ramera de que sus acciones eran malas. Podemos preguntarnos por qué no lo hizo, pero es bastante seguro que no lo hizo. ¿Y por qué? Seguramente porque era innecesario. Esa clase de gente lo sabía bien entonces, y lo sabe bien ahora por sí misma, sin que nadie se lo diga. Pero, ¿a quién le da testimonio de que sus obras son malas y lo odian a causa de ese testimonio (Juan 7:7)? En el capítulo 23 de Mateo leemos las palabras más severas que jamás salieron de esos benditos labios. Llama a aquellos a quienes se dirige - a los hombres de la más rígida corrección religiosa, a los hombres de la más alta respetabilidad social, de la mayor piedad formal y pretensión religiosa; no simplemente "miembros de la iglesia", como deberíamos llamarlos ahora, sino líderes de la iglesia - "necios y ciegos, guías ciegos, hipócritas", hasta que en el clímax de su santa indignación, dice: "Serpientes, generación de víboras, ¿cómo podréis escapar de la condenación del infierno?". (Mateo 23:33).

Es, pues, el testimonio de la Palabra de Dios, estemos o no dispuestos a aceptarlo, que el carácter orgulloso, religioso y autocomplaciente es una expresión más verdadera de la obra del Diablo entre los hombres que el abiertamente profano y moralmente degradado.

Esto es tan absolutamente contrario, no sólo a lo que se reconoce en los círculos empresariales, sino a lo que se enseña desde la mayor parte de los púlpitos cristianos, que es difícil insistir suficientemente en la importancia de considerarlo con cuidado y franqueza.

El Tribunal de Cristo

Franklin Ferguson

Es bueno tener siempre presente el "día de la cuenta" que se nos avecina a todos. Somos "administradores de la multiforme gracia de Dios" (1 Pedro 4:10), y como tales tendremos que dar cuenta a nuestro Señor de nuestra administración. Todo aquello de lo que somos responsables debe ser llevado ante el Auditor designado, nuestro Señor

Jesucristo. La Palabra de Dios ha anunciado que "todos compareceremos ante el Tribunal de Cristo" y "cada uno de nosotros dará cuenta de sí mismo a Dios" (Romanos 14:10-12); además, "Dios someterá a juicio toda obra" (Eclesiastés 12:14). No puede haber exenciones.

La idea que sostienen algunos es que el Tribunal será simplemente la ocasión gozosa de la distribución de recompensas, y la concesión de honores, y la concesión de alabanza y gloria a todos los que lo merecen; lo cual está lejos de ser la verdad completa del asunto. Ciertamente será todo esto, pero más. También saldrán a la luz "las cosas ocultas de las tinieblas"; se pondrán de manifiesto "los consejos de los corazones" (1 Corintios 4:5); se revelarán y quemarán los materiales erróneos utilizados en nuestras operaciones de construcción; se sufrirán grandes pérdidas; se perderán para siempre las recompensas y los honores (1 Corintios 3:10-15). ¡Oh, piénsalo! ¡Cuán aleccionador debería ser para nuestras mentes este grave aspecto!

Toda la familia redimida compartirá por igual el amor del Padre y los muchos y gloriosos privilegios de su Hogar en las alturas, la morada eterna de sus innumerables huestes de hijos e hijas. Pero en el Reino venidero, los lugares de honor y las recompensas se reparten entre quienes los han merecido, según sus grados de fidelidad en la tierra (Mateo 25:23, Lucas 19:12-19).

La cuestión de nuestra salvación eterna no se planteará en el Tribunal; eso se resolvió hace mucho tiempo en la Cruz para cada creyente. El hecho de que estemos ante Cristo en nuestros cuerpos inmortales descarta por completo esa idea. Es el Señor quien juzga a su pueblo en cuanto a su testimonio, obras y servicio aquí abajo; aprobando y desaprobando; premiando y negando recompensas; ajustando todas las cosas por su norma perfecta, de una vez por todas.

Cuando todo esté finalmente resuelto y todo el pueblo del Señor haya recibido lo que le corresponde, con las lágrimas enjugadas de los ojos llorosos, entonces se iniciará la gloria eterna. Nunca más una nube cruzará nuestro cielo, la pena y el dolor ya no se sentirán en absoluto, y la Iglesia aparecerá "como una Novia adornada para su esposo" (Apocalipsis 21:2). ¡Feliz día que nunca tendrá una noche!

Aunque este tema es solemne e inquisitivo en ciertos aspectos, podemos dar gracias a Dios por el Tribunal de Cristo. Significará mucho haber tenido la mente de Cristo sobre todo; con su correcta

estimación de todo; de modo que nunca más se planteará una cuestión; sino que habrá el sentimiento de plena aquiescencia con todo su juicio, sin un matiz de celos por que otros reciban más honores que nosotros; todos los santos perfectamente felices juntos, para siempre, en la gloria eterna de Dios.